

## RESEÑAS

**Umberto Eco con colaboraciones de Richard Rorty, Jonathan Culler, Christine Brooke-Rose, compilación de Stefan Collini. *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge: Cambridge University Press 1995.**

El siglo que termina resulta, entre otras cosas, el del redescubrimiento del lenguaje como estructurante del mundo habitado por los humanos. Pasado el optimismo positivista y paralizadas sus respuestas románticas, el lenguaje fue retomado poco a poco, por distintos pensadores y en distintos ámbitos del pensamiento. Este proceso no sólo consistió en reflexionar propiamente sobre esta dimensión humana, sino en emplearla como metáfora general de muchas otras. Ejemplos de la primera orientación resultan a incios del siglo Ferdinand de Saussure (*Curso de lingüística general*, 1922) y Ludwig Wittgenstein (*Tractatus logico-philosophicus*), tan distintos en casi todo; la *Traumdeutung* de Freud, publicada en 1900, es un buen ejemplo de la segunda.

Sería arbitrario atribuir la (re)aparición de esta metáfora científica a la proliferación de los medios de comunicación; con respecto a nuestros tres primeros ejemplos, poco se sabe del interés que haya tenido Saussure por los medios de comunicación. Freud parece no haberlos tenido en cuenta, centrando su inte-

rés a veces en la literatura y en las artes, pero dejando de lado al periodismo, o a la radio, que tan importante fuera en el Tercer Reich, régimen que conoció bien. Por su parte, el Wittgenstein que se interesa en el cine es el que los eruditos llaman "el segundo Wittgenstein", posterior a su obra de juventud. Pero en cambio sí es posible pensar en que la proliferación mencionada tiene un papel en una reconceptualización del lenguaje.

En todo caso, más allá de la relación de causalidad que se quiera establecer entre la importancia creciente del estudio del lenguaje en nuestro siglo y el auge de los medios de comunicación, lo que resulta más difícil de negar es que a los estudiosos de los medios de comunicación les corresponde interesarse por los lenguajes humanos en la medida en que ellos circulan en sus objetos de estudio, y, en tanto sistemas estructurados dan forma a lo que puede y no puede aparecer en esos objetos. Por eso nos pareció interesante ocuparnos del presente texto, versión revisada por los autores de las conferencias Tanner de 1990, desarro-

lladas en la Universidad de Cambridge, las cuales se ocuparon en el año mencionado de mostrar posiciones —altamente divergentes— sobre los límites que tiene la actividad de interpretar, en un ámbito específico, la literatura. Sin duda alguna, estas reflexiones se sitúan en el centro mismo de muchas y muy diversas formas de comprensión cultural de nuestro tiempo. Otro motivo de interés, casi obvio y tal vez más frívolo, es la importancia del conferencista principal, Umberto Eco, y de algunos de los comentaristas invitados, Richard Rorty, Jonathan Culler.

En su inteligente introducción al volumen que reseñamos, Stefan Collini resume así varios siglos de historia de las actividades interpretativas: “la interpretación no es, por supuesto, una actividad inventada por los teóricos literarios del siglo XX. En realidad, los desconciertos y las disputas sobre el modo de caracterizar esa actividad tienen una larga historia en el pensamiento occidental, una historia provocada ante todo por la trascendental tarea de establecer el significado de la Palabra de Dios. En esencia, la fase moderna de esta historia se remonta a la mayor conciencia en torno al problema del significado textual introducida por la hermenéutica bíblica asociada a Schleiermacher a principios del siglo XIX, y fue Dilthey quien, en la última parte del siglo, convirtió la centralidad de la interpretación para comprender todas las creaciones del espíritu humano con base

en un programa para la gama completa de las *Geisteswissenschaften*”

Ahora bien, si esto es así, ¿cuál es la novedad del debate que nos ocupa? El propio Collini establece el contexto de la actual discusión sobre los límites de la interpretación, el cual ve marcado por dos factores fundamentales: 1) la disolución del *canon occidental* —retomo aquí el título de Harold Bloom, quien sostiene estrictamente lo contrario— frente a la multiculturalidad que logra tocar las puertas y entrar a los espacios académicos y desestabilizar algunas herramientas tradicionales usadas en el interpretar, y 2) la influencia *continental* —esto es, europea— proveniente de la hermenéutica, la fenomenología y la lingüística estructural que encarnó en los *post-estructuralistas* (siguiendo con la retórica que se permite dividir la obra de un autor en etapas diremos que esto correspondería al *último* Foucault y al Derrida *de siempre*).

La influencia citada originó en los años ochenta una polémica a veces oscura, pero bastante acalorada en el medio académico americano, que parece haber culminado en una actitud favorable a la posibilidad de dar cualquier interpretación, por caprichosa que parezca, a cualquier texto, casi siempre abandonando su sentido literal. Esta formulación resulta el cargo central que se le hace a Jacques Derrida y a los críticos asociados a él (Paul De Man, J. Hillis Miller). Ahora bien, conclusión semejante sería un extraño final para

una actividad que ha venido depurando sus técnicas durante toda la historia de lo que llamamos Occidente.

La intervención de Umberto Eco, manifestada a través de tres conferencias, tiene como objetivo principal oponerse a esta perspectiva que, al validar todas las lecturas, parece hacerlas todas equivalentes. Que sea Eco el encargado de esta refutación no deja de ser irónico, pues lo podemos encontrar en los orígenes de esta tendencia, con la publicación de *Opera Aperta* (1962) y su defensa del lugar del lector en la construcción del significado de un texto, cuando todavía Derrida no se acercaba a estos terrenos.

La estrategia de Eco para proceder a la refutación es bastante original: comienza en la primera conferencia ("Interpretación e historia") por recapitular el devenir de la idea de "significado oculto" en el pensamiento occidental, el que estaría codificado bajo formas que escapan a los no iniciados; el objetivo de esta recapitulación es evidente: trazar (o inventar) la herencia de los modernos críticos, la cual, parece ser, podría seguirse hasta los herméticos y los gnósticos. Eco asocia a esta tendencia, tantas veces manifestada en Occidente, el desprecio por la lectura que el sentido común hace de los textos, la reivindicación de la actitud de *sospecha*.

La segunda conferencia ("La sobreinterpretación de los textos") propondrá varias adiciones impor-

tantes a lo dicho en primer lugar: existiría siempre la posibilidad de reconocer cuando alguien sobreinterpreta un texto, incluso si no podemos probar que una interpretación es la correcta, más todavía, sin pensar que hay *una* lectura correcta. Esta idea es desarrollada con ejemplos que merecen una lectura detallada. En esta argumentación, Eco propone un concepto que parece extraño a una primera lectura: la *intentio operis*, la intención inmanente a la obra, la cual se constituye en fuente de sentido, no identificable ni reducible a la *intentio auctoris*, y restrictiva del libre juego de la intención del lector (*intentio lectoris*). El concepto aquí indicado probablemente recibirá mayor elaboración en nuevos trabajos de Eco, pero no creemos traicionar su propuesta sintetizándola así: todo texto es capaz de producir un lector modelo, lector que es capaz de acceder a su sentido, o incluso a sus múltiples sentidos. Obviamente esta conceptualización contiene un enorme potencial de sugestión ("provocación", dice Collini) para diversos campos intelectuales, entre ellos para los estudiosos de los medios de comunicación.

Finalmente, en su tercera conferencia ("Entre el autor y el texto"), Eco nos ofrece reflexiones sobre la situación del autor empírico respecto al verdadero sentido del texto; esto, que podría haber sido simplemente parte de su autoanálisis personal — pensemos en que su fama y popularidad debe más a *El nombre*

de la rosa que a su sólida obra semiótica que precede a dicha novela en casi veinte años— se convierte en una importante atingencia a quienes han sostenido la completa autonomía del texto literario con relación a su autor. En esta parte, el autor italiano nos ilustra con ejemplos extraídos de su propia experiencia como escritor de fama y receptor de múltiples lecturas de su propia obra novelística.

La intervención de Richard Rorty (“El progreso del pragmatista”) parece inicialmente nacer de preocupaciones distintas a las de Eco; una formulación que puede esclarecernos sobre su propuesta es aquella que niega a la filosofía (y seguramente a las disciplinas científicas) la tarea de indagar *el modo en que son realmente las cosas*, y le ofrece la posibilidad de ser una más de las diversas contribuciones a una “dura-dera conversación cultural”, en las cuales los principales logros consisten en poder incorporar los usos lingüísticos de los otros para emplearlos en nuestros propios propósitos. Esto sólo puede entenderse dentro de la tradición pragmatista americana, en la que los conceptos son instrumentos usados para fines específicos y no versiones efectivas de *cómo es el mundo*.

Esta posición implica serias diferencias con la propuesta vertida páginas antes por Eco, pues si seguimos a Rorty, esa *intentio operis*, de la que el italiano nos hablaba, sería un derivado de lo que *el texto es efectivamente*, algo que no puede

existir desde la posición pragmatista reseñada. En la intervención de Rorty, el estilo que cultiva este filósofo es importante, pues evidencia su voluntad de modificar el lenguaje empleado para tratar estos temas; esto lo lleva en ocasiones a tratar de “poco interesantes” algunos problemas clásicos que son usualmente discutidos cuando se trata de la materia que nos ocupa. Ahora bien, el lector no acostumbrado al pragmatismo, y menos al estilo de Rorty, no debe perder de vista que la objeción hecha a Eco puede ser calificada de diversos modos (provocadora, irritante, nihilista), pero no de irrelevante, y añade problemas al concepto central de la argumentación del boloñés: la *intentio operis*, verdad verdadera del texto literario.

Por supuesto Rorty también es atacable y, como casi todos los autores, él se hace vulnerable cuando inicia algún tipo de desarrollo propositivo; esto ocurre en la intervención que nos ocupa cuando el filósofo americano afirma que la gran literatura sólo puede reconocerse en el encuentro del texto con un lector que “usa” de algún modo los personajes, escenas, etc., para modificar “sus prioridades y propósitos”. Ante esto cabe lo que podríamos llamar una objeción estadística: de no haber un algo propio e inmanente del texto leído, ¿por qué *Crimen y castigo* ha ocupado más la subjetividad de los hombres que, digamos, *La celosía*, de Robbe-Grillet? Tal vez Rorty podría intentar una respues-

ta por el lado de la configuración social de las prioridades y propósitos de los lectores, no lo sabemos, pero hay que reconocer que incluso en sus puntos vulnerables este autor propone problemas interesantes.

La tercera intervención que incorporaremos a esta reseña es la de Jonathan Culler ("En defensa de la sobreinterpretación"), quien se manifiesta en desacuerdo con los dos autores previamente mencionados, y propone casi como una consigna su provocadora afirmación de que "la interpretación sólo es interesante cuando es extrema", lo que quiere decir con esto que ninguna interpretación que simplemente se empate con el sentido común o la lectura literal de un texto merecerá la atención de quienes esperan algo nuevo de los autotitulados críticos. En general, Culler se declarará enemigo de dejar que el propio texto determine las preguntas que son pertinentes hacerle, pues siempre queda la posibilidad de hacer preguntas sobre lo no dicho y no resulta posible delimitar *ex-ante* lo que puede resultar interesante a todos y cada uno de los lectores. Culler sin embargo, no acepta el peligro denunciado por Eco de la tendencia a la "semiosis ilimitada" en tanto según él, el contexto permite poner límites al sentido del texto.

Si éstas son sus diferencias con Eco, Culler tampoco admite que los

problemas sobre la interpretación de textos hayan muerto ya, o pasado de moda, como se podría inferir de la presentación de Rorty; por el contrario, él cree que preocuparse por cómo un texto crea sentido sigue siendo un problema mayor para los intelectuales. Como vemos, Culler no tiene una posición intermedia entre los dos afamados pensadores, sino, por decir lo menos, una tercera posición con argumentos propios.

Por supuesto sería interesante la presencia de otros autores en esta discusión: el primer nombre que viene a la mente es obviamente Jacques Derrida, pero, bien visto, él está bien representado por Culler (y de un modo más articulado que el que el propio Derrida podría ofrecer); en cambio, cabe pensar en lo útil que sería a esta discusión el Habermas actual, 15 años después de la publicación de la *Teoría de la acción comunicativa*, o el teórico alemán Niklas Luhmann, quien niega que en la comunicación haya acciones o que exista transferencia de información; cada lector puede añadir nombres a esta lista.

Aquí cerramos la reseña de este interesante texto. Dejaremos a nuevos lectores la elección de su campeón favorito en esta polémica que no ha quedado cerrada en modo alguno.

Walter Twanama\*

\* Egresado de la X Promoción de la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede México.